

sión, se dirigió al sitio en que guardaba el retrato del hombre que idolatraba; tomó en sus delicadas manos la preciosa miniatura; fijó amorosa en ella sus azules ojos, humedecidos de tiernas lágrimas; lo estrechó contra su palpitante corazón, y volviéndole a mirar enternecida, exclamó con acento conmovido y más dulce que el murmullo de la brisa: «¡Yo te perdono tu ingratitud! ¡Te amo, a pesar de tus desprecios... de tu crueldad... de tu olvido...! ¡Ah...! ¡Dios te haga tan feliz como tú me haces desgraciada! ¡Núñez! ¡Núñez! ¡Tuya, o de nadie...!».

CAPITULO IV

Mi felicidad por su honra

¿Quién es esa joven, hermosa como el pensamiento de la felicidad, melancólica y dulce como el recuerdo de nuestros primeros años, de cuyos ojos se desprenden algunas brillantes lágrimas que van a caer sobre los cortos renglones trazados en un perfumado papel de color amarillo claro que en su blanca mano sostiene abatida?

Cualquiera, al contemplarla rodeada de celestial belleza, de indefinibles gracias, y de mágicos hechizos, la creería la encantadora Psiquis, cifra y compendio de toda humana belleza en el cuerpo, tesoro de inocencia, candor y sensibilidad en el alma, de quien el mismo Amor fué ciego admirador y rendido amante.

Pero, ¿por qué llora? ¿Por qué baña su apacible rostro ese misterioso llanto que anubla el limpio sol de su angelical mirada? ¿Será, por desgracia, cierto que «es la desdicha estrella de la beldad»?

¡Ay! ¡La desdicha es la estrella de la humanidad entera! ¡La triste herencia de los afligidos descendientes de Adán!

Sino que entre los numerosos miembros de la gran familia racional, sobre la cual pesa la amarga carga del infortunio, el sér que más padece y sufre es la mujer; ángel de resignación y de pureza; flor trasplantada de los célicos pensiles de los bienaventurados al desierto arenal del mundo, para embalsamar la triste vida del hombre, inclinando melancólica su corola al recio soplo del crudo vendaval desprendido de los senos de la intriga y de las exigencias de una sociedad egoísta.

Sí; esa mujer llora; y llora... ¡porque es mujer! Esto es, porque es sensible, obediente y tierna; porque abriga en

su corazón una pasión noble, profunda, inconmensurable; y subordina ese gran sentimiento del alma a la gratitud.

Ama a un sér que se abrasa en su mismo fuego; que sufre al par que ella; que es su vida, su esperanza, su anhelo; y, sin embargo, avasalla todos los afectos; por no manifestarse desagradecida a los beneficios del hombre que la ha cuidado con el esmero de un buen padre, y que desaprueba su amor.

¡Padece y llora para no hacer padecer y llorar al que le da el dulce título de hija!

Un hombre hubiera roto los lazos de todas las consideraciones, posponiéndolas a los derechos de su voluntad; pero la mujer, cuyo pecho es el templo del cariño, de la gratitud y de la sublime abnegación de sí misma, rara vez se resuelve a contrariar a las personas que le han dispensado beneficio. No arroja de su pecho al sér que idolatra; pero espera a que su constancia, sus lágrimas y su obediencia alcancen de los que se oponen a su sentido cariño, el dulce consentimiento que ponga feliz término a su amorosa pena y a sus desdichas.

¡Rasgo sublime de virtud con que la mujer se enaltece a los ojos del hombre mismo que la quisiera ver menos obediente a su familia; pero que, cuando ha alcanzado su mano, ve en aquella obediencia la más segura garantía de su fidelidad!

La melancólica joven que nos ocupa, estaba lánguidamente sentada en una elegante silla colocada detrás de las flotantes cortinas que velaban las limpias vidrieras de una graciosa puerta con vista a un delicado y primoroso jardín alfombrado de exquisitas flores.

El sol, envuelto en un trono de purpúreas nubes, descendía majestuosamente en las altas horas, a otro lejano hemisferio, bañando con los últimos rayos de su moribunda mirada los aéreos contornos de la interesante joven.

Sobre el flotante ropaje de finísima gasa blanca de seda, embellecido con ricos y graciosos adornos, que vela las redondas formas de un esbelto cuerpo, resbala en lucientes cambiantes la vespertina luz crepuscular que, dudando penetrar por entre los ligeros pliegues de las candidas cortinas, suaviza el encendido color que el astro principal le envía, comunicando al celestial semblante de la hermosa esas misteriosas tintas que espiritualizan el rostro de las vírgenes de Murillo.

Una graciosa guirnalda de flores más blancas que las candidas azucenas, descansa sobre el ondulado cabello que

que vivifica la mía! ¡En ellos me dice que sea feliz...! ¡Ah! ¡Cómo puede ser feliz quien mira el imposible de su dicha! ¡Quién puede ser feliz cuando le separan para siempre del objeto que ama, y le encadenan al ser que destroza su corazón! ¡No! ¡Ya no hay felicidad para mí sobre la tierra! ¡El llanto y el dolor me acompañarán constantemente! ¡Tenía en el mundo dos seres cuyo recuerdo embalsamaba la amarga hiel de mi existencia! Estos dos seres eran tú y mi tierna amiga..., mi dulce protectora Inés... ¡Ahora ya sólo me queda uno! ¡Inés! Sí; ella sola. ¡Porque desde mañana tu recuerdo podría manchar mi honra!

La mujer que parada en el umbral escuchaba, se llevó el pañuelo a los ojos, para enjugarse algunas lágrimas.

La sombra que al levantar la mano se dibujó en la pared, llamó la atención de la joven, que dirigió lánguidamente la vista hacia la puerta.

—¡Ah! ¿Es usted, mi excelente protectora?—exclamó sonriendo dulce y tristemente.

—¡Yo, sí, Clotilde; tu madre, tu amiga, que padece porque te ve padecer!

Y se acercó lentamente hacia la joven; la tomó una de las manos, que estrechó con cariñoso afán contra su pecho, imprimió en su serena frente un beso maternal y se sentó a su lado, dejando leer en su apacible rostro toda la bondad, toda la ternura, toda la sensibilidad de un alma noble y bondadosa.

—¿Qué tienes, hija mía? ¿qué tienes? —le preguntó la hermosa Inés, conmovida por el llanto que asomaba a los dulces ojos de Clotilde—. ¿Por qué te entregas sin consuelo al dolor que envuelve con un velo de tristeza tu angélico semblante?

—¡Y me lo pregunta usted, madre mía! ¿No sabe usted, lo mismo que yo, que se acerca el momento terrible de renunciar a lo que más amaba en la tierra... a lo que más amo aún...? ¿No me ve usted adornada para consumir el sacrificio más horrible que se puede exigir de una pobre mujer? ¡El sacrificio de unirse al hombre a quien nunca ha amado, a quien no ama, a quien nunca podrá amar! Soy la triste Vestal, a quien no se consulta su voluntad; de quien se dispone; a quien se le adornó para conducirla a que pronuncie unos votos que rechaza su corazón. ¡Votos que se ve precisada a cumplir religiosamente para que la sociedad no la sepulte en el desprecio, como sepultaba en vida, en horrendo sepulcro, a la desdichada Vestal, que

faltaba a unos juramentos arrancados por la violencia y el poder...!

—¡Ah! ¡Sí! ¡Tienes razón, hija mía! ¡Pero no llores, no llores, por tu vida, que tus lágrimas me destrozan el corazón!

—Ayer, aun el mundo se me presentaba envuelto en una atmósfera risueña, alumbrada con una consoladora luz de esperanza! En alas de la perfumada brisa me era permitido recibir los dulces recuerdos que me enviaban en sus célicos perfumes las esmaltadas flores que acarició en un tiempo venturoso, la respetuosa mano de mi amante; veía hundirse el sol, llevando en los pliegues de sus nítidos fulgores una dulcísima esperanza; pero esta esperanza renació risueña y engalanada con el seductor ropaje de una nueva ilusión al presentarse el astro rey en el Oriente al despuntar el día, y mi existencia se deslizaba en ese inmenso océano de dudas y de esperanzas, de temores y de mágicos ensueños que hacen oscilar en sus encontradas olas los tristes días de la vida, presentando para consuelo, a lo lejos, el faro de la felicidad. Pero hoy que el viento de la realidad ha deshecho el dulce hechizo que velaba mi porvenir; hoy que no veo ante mis ojos más que el próximo término de mi escasa dicha y en lontananza el obscuro horizonte de mis futuras penas; hoy que veo hundirse con ese melancólico sol que me alumbra, el último átomo de mi esperanza; hoy nada me queda sino el recuerdo del bien pasado y la amargura de un porvenir de sinsabores y tormentos, amargo fruto que brotará de la fatal unión que va a decidir esta noche, dentro de breves horas, de mi suerte.

—Es preciso, hija mía, no renunciar todavía a la esperanza.

—¡He esperado tanto tiempo!

—¿Y si Leopoldo se presentase antes a poner en manos de mi hermano el manuscrito que revela el digno comportamiento de su padre, acusado injustamente?

—¡Oh! ¡Imposible, madre mía! Este documento desapareció para siempre, y con él mis ilusiones.

—Sin embargo, es preciso esperar.

—¡Yo nada espero ya! ¡Dentro de un instante sólo seré la víctima sacrificada a la voluntad del hombre que me ha servido hasta hoy de padre; dentro de un instante sólo guardaré lágrimas para el ser que he idolatrado con todas las veras de mi alma! ¡Madre, madre querida! —añadió, arrojándose llorosa en brazos de la compasiva Inés—. ¿Qué

haré para arrancar de mi corazón el profundo sentimiento que me ahoga? ¡Ah! ¿Por qué la muerte no viene en alas de mi desec a cortar el hilo de mi triste vida, antes de que el hombre que horror me inspira, me conduzca a las gradas del altar...?

Y las lágrimas embargaron su voz.

La compasiva Inés estrechó la mano de su hermosa con maternal efusión de amor, y la besó en la frente con profunda emoción, sin poder proferir la menor palabra de consuelo.

La sensible Clotilde, tiernamente conmovida por el acendrado cariño de su hermosa protectora, inclinó su poética cabeza sobre el pecho de su leal amiga, depositó en él algunas amargas gotas de su llanto, y exhalando un suspiro que aligeró su pecho del enorme peso de la pena, añadió con acento enternecido y dulce:

—¿Qué será de mí, madre mía...? ¿Qué será de mí, separada para siempre del hombre que era el bello ideal de mi existencia y unida por toda una eternidad al sér que, en vez de cariño y ternura, me inspira horror y espanto?

—¡Oh! ¡Si Leopoldo viese lo que padeces, estoy segura que atropellaría todos los respetos!

—¡Leopoldo, Leopoldo! —exclamó la joven, levantando con triste abatimiento la cabeza, y dejando ver en sus anegados ojos la expresión del sentimiento y del dolor—. ¡Ah! El ha cumplido sus juramentos con lealtad, siéndome fiel hasta el último instante, y esperará que yo cumpla con los míos. ¡El querrá probar la fuerza de mi voluntad, y se habrá propuesto dejarme en libertad para resolver de mi porvenir! ¡Es tan generoso y delicado! ¡El no anhelaba más que mi felicidad y mi ventura, y quisiera proporcionarme estos dos beneficios aun a costa de su vida! ¡Sí; él se condenaría a un llanto eterno por proporcionarme la tranquilidad y la ventura que a él le faltan! ¡Cuántas veces me ha dicho: «Clotilde, a tu bien y a tu ventura sacrificaría hasta la felicidad de poseerte!» ¡Y en premio de estos generosos sentimientos, nada conservo de él! ¡Me han quitado hasta los bellos cuadros de flores que me hablaban a todas horas de su amor! ¡Todo me lo han arrebatado a instancias de ese infame Duval! ¡Sólo me quedan de él estos sentidos caracteres trazados por su mano para celebrar en época de más esperanza mi cumpleaños! ¡Caracteres que no aparto de mi corazón y que a todas horas leo y baño con mi llanto, y que no me he atrevido a mostrár-

selos a nadie... ni a usted misma, temiendo que se califique de puerilidad lo que es un eco del sentimiento del alma!

—¡Ah! ¡Qué mal conoces mi corazón, hija mía! ¿Ignoras que yo guardo en el fondo de mi pecho el encendido fuego de una pasión vehemente como la tuya? ¡Has olvidado que el dulce alimento de mi vida es el recuerdo del sér que amo, y que una flor suya, una sola palabra trazada por su mano, son de mayor precio para mí que todos los tesoros de la tierra! ¡Ah! ¡Yo sé lo que valen esos renglones en que el alma bebe todo el cariño, todo el amor, todos los pensamientos del alma del sér idolatrado! ¡Nada hay pueril para el que adora, cuando viene de las manos de la persona amada!

—¡Es verdad, madre mía! ¡Usted que ama, comprende los tiernos afectos que dominan el corazón de la infeliz mujer y no puedo perdonarme el haberle ocultado los breves renglones en que exprime el hombre que idolatro los nobles sentimientos que atesora!

—¡Ah! Léemelos. Los que se encuentran lejos de su patria no tienen otro placer que el de hablar a todas horas del país en que se han deslizado los días felices de su juventud; los que estamos separados del objeto amado, nos complacemos en escuchar las palabras de amor dirigidas a una amiga, porque despiertan en nosotros afectos dulcísimos que embalsaman la atmósfera de nuestra vida, encendiendo en nuestro pecho la ya extinguida luz de la esperanza.

—¡Sí; voy a leerlos por la última vez; porque me es lícito leerlos mientras mis labios no pronuncian el terrible juramento de fidelidad a otro hombre! ¡Es una sencilla poesía, pero llena de unción y de verdad para mí! Escúchela usted, madre mía, y dígame si no debo llorar la pérdida del sér que en su abnegación y su ternura revela un alma celestial y pura.

Clotilde se enjugó el llanto que velaba su vista; fijó sus hermosos ojos en el humedecido papel que sostenía en su blanca mano, y leyó con voz conmovida los siguientes versos, dictados por el sentimiento del verdadero amor:

Clotilde bella, en tu día
es la luz del sol fulgente
más hermosa;
y en los rayos que te envía
va diciendo tiernamente:

«Sé dichosa».

El arroyo cristalino
que las flores va besando
placentero,
se interesa en tu destino,
y te dice, murmurando:
«Yo te quiero».

Los peces que en su ventura
van cruzando ondas de plata
de alto precio,
dicen, al ver tu faz pura,
que en las linfas se retrata:
«Yo te aprecio».

Y el jazmín y la azucena,
y la adelfa y dulce poma,
que no eximo,
en la atmósfera serena
dicen al lanzar su aroma:
«Yo te estimo».

Los canoros ruiseñores,
al venir de tu voz pura
al reclamo,
con sus picos trinadores,
anhelando tu ventura,
dicen: «Te amo».

Y la brisa, el manso viento,
y la luna, el mar profundo,
van en coro
repitiendo en dulce acento
por los ámbitos del mundo:
«Yo te adoro».

Y a su vez del orbe entero
va también mi voz unida
y enlazada;
ella dice: yo te quiero;
sé feliz toda tu vida
y adorada.

Y mi voz, por valle y monte
va tu nombre enaltecendo,
niña hermosa;

y al pasar el horizonte
marcha el eco repitiendo:
«Sé dichosa».

Sé dichosa, con dulzura,
digo yo, cual tierno amante
que te adora;
y la brisa que murmura
me responde en el instante
«¡Sufre y llora!»

Y abatido, de amor lleno,
busco alivio entre las flores
a mi llama;
y responden, de su seno
exhalando mil olores:
«¡Sufre y ama!»

Y demandó al sol de día
calme el dardo poderoso
que me hiere;
y en los rayos que me envía
me responde silencioso:
«¡Sufre y quiere!»

Busco entonces el consuelo
en el rayo que la luna
fiel riela,
y responde a mi desvelo
y al dolor que me importuna:
«¡Sufre y vela!»

Y la brisa, el mar hirviente,
y la luna, el sol fecundo
con su llama,
van diciendo tristemente
por los ámbitos del mundo:
«¡Sufre y ama!»

Sufro y amo, sí, querida;
mas sufriendo es venturoso
quien te adora;
si eres tú feliz, mi vida,
que me diga el mundo odioso:
«¡Sufre y llora!»

Clotilde acabó de leer, y se quedó con los ojos fijos sobre el papel.

Inés leyó en aquel llanto y en la melancolía que velaban el dulce rostro de la joven, el intenso dolor que desgarraba su sensible pecho.

—¡Pobre Leopoldo! —exclamó con voz balbuciente, que indicaba la profunda emoción de que estaba poseída—. ¡Cuán digno se muestra de tu amor en esos cortos renglones, dictados por la pasión más pura!

—¡Ah! ¡Gracias, madre mía, por la buena acogida que da usted a sus tiernas palabras! ¡Sólo usted se interesa por mí en mi desgracia!

—¡Es porque yo también soy desgraciada como tú...! Porque amo como tú, y como tú también, temo perder al hombre que juzgué ya muerto..., que vive..., pero cuyo padadero ignoro.

—¡Oh! Sin embargo a usted no la obligan a pronunciar sagrados juramentos que sean el continuo tormento de su existencia. Pero ya que no puedo desobedecer al hombre que me ha servido de padre...

—¿Y si ese hombre llegase a desistir de su empeño?

—¡El! ¡No lo espere usted, madre mía!

—¡Yo tengo más confianza que tú!

—¿Será posible? ¡Ah! ¿Y cómo?

—Estoy resuelta a hablar a mi hermano con toda la energía que presta la razón, para obligarle a desistir de ese fatal enlace con Duval.

Y al decir esto tiró el cordón de la campanilla.

Una criada se presentó en el instante.

—Di a mi hermano que deseo hablarle, que lo espero aquí y que me haga el favor de venir a verme.

La criada salió sin detenerse.

El corazón de Clotilde latió con violencia.

—¡Ah! ¿Qué piensa usted hacer, madre mía?

—Pienso aprovechar los cortos momentos que quedan; decirle todo lo que sufre tu corazón, lo desgraciada que serás si se empeña en llevar a cabo ese enlace, fecundo en tormentos, con un hombre cuyos antecedentes ignoramos; y si es preciso...

—¡Ah! ¡Siento pasos! —exclamó Clotilde poniéndose pálida como un difunto—. ¡Sin duda es el señor Landeta! Estoy temblando, y no quisiera presenciar esta entrevista.

—Bien; entra en tu aposento, querida hija, y yo te diré el resultado de nuestra conferencia.

—¡Gracias, señora, gracias! Dios coloque en los labios de

usted las palabras más persuasivas que conjuren la tormenta que me amenaza.

—Yo confío en la justicia que nos asiste.

—Yo también confiaría en ella, si fuese apoyada con el manuscrito que revelaba la inocencia del padre de Leopoldo; pero no me puedo entregar a esa dulce esperanza, cuando a nuestras palabras se oponen las intrigas de un malvado adulator.

—Pero más que las intrigas de un malvado, puede el cielo y en él espero en este instante. Vete, pues, hija mía, y déjame obrar libremente.

—¡Adiós! ¡Adiós, madre mía!

La joven abrazó a su tierna protectora, y ésta imprimió un ósculo de amor en el bello rostro de su hija adoptiva, que penetró en su alcoba enviándole una mirada de intensa gratitud.

El sol, entretanto, se había ocultado en Occidente, y la noche tendió su negro velo sobre la tierra.

Inés se acercó a una mesa en que estaba un lujoso quinqué; sacó una cerilla de una preciosa cajita, y la estancia quedó a poco iluminada.

Los pasos de un hombre que se acercaba se oyeron en aquel instante.

Inés reconoció en ellos los de su hermano.

La puerta se abrió casi en el momento, y don Emilio se presentó en la estancia.

¿Qué pasó después entre los dos hermanos?

Más adelante lo sabrá el lector.

Por ahora le suplicamos nos siga a otro sitio, en donde nos esperan otros personajes de nuestra historia.

CAPITULO V

Tras un documento

En los momentos mismos en que Clotilde se hallaba engalanada y dispuesta a consumir el sacrificio de unirse al hombre que no amaba, y creía, como la hermosa Inés, que sólo el manuscrito en que se patentizaba la inocencia del padre de Leopoldo, hubiera podido hacer cambiar de resolución a don Emilio, dos hombres, embozados en oscuras capas, bajaban por el puente de la Merced y se dirigían hacia la estrecha calle de Manzanares.